

se ha dicho tantas veces, de fe fuerte, aunque en ocasiones sean también de vida rota.

La misma intervención de Fr. Montesinos en el famoso Sermón de Adviento en La Española, no es un discurso indigenista, eso pertenece al mundo del anacronismo, es sencilla y llanamente la aplicación del tomismo a la realidad palpable: una defensa de la dignidad de la persona humana (p. 19). Como tampoco se puede afirmar, si se conoce la historia de la Misionología, que la predicación de Ramón Llull sea aislada ni utópica (p. 29).

Respecto a Bartolomé de las Casas, la edición crítica dirigida por el Prof. Castañeda de la Universidad de Sevilla, cuya aceptación por la crítica ha sido unánimemente positiva, demuestra que Las Casas no sienta las bases del derecho natural, sino que es una voz —altisonante si se desea— dentro del gran debate que se desarrolló en el ámbito de la sociedad española del XVI, donde intervienen desde las grandes universidades hasta los propios misioneros, funcionarios, etc.

Son acertadas las alusiones al Maestro Vitoria, la Escuela de Salamanca, y en particular al segoviano Domingo de Soto, puesto que el renacimiento tomista del XVI sustentará en gran parte la tarea evangelizadora.

En suma una obra de gran mérito que acerca, a pesar de las limitaciones de tiempo y de rigor histórico, a una epopeya que vale la pena recordar como maestra de vida.

J. C. Martín de la Hoz

Ulrich IM HOF, *La Europa de la Ilustración*, ed. Crítica, Barcelona 1993, 257 pp, 23 x 15.

Desde el centro de Europa el Prof. Im Hof ofrece esta completa historia de

la ilustración europea. El trabajo resulta completo, en cuanto a la ambientación del espacio y tiempo donde se desarrolló este amplio movimiento social y cultural.

Quizás lo más interesante estriba en la caracterización del siglo denominado «Siglo de las Sociedades de amigos» (p. 93); las «Academias» (pp. 93-94), las «Tertulias» (pp. 99 y ss), las «Sociedades de lectura» (pp. 103 y ss), las «Sociedades Económicas de amigos del país» (pp. 107) —y en especial de las españolas (pp. 111-113)—, con la aparición de la «masonería» (pp. 122-128).

Junto a grandes aciertos, el autor, seguramente por falta de conocimientos teológicos, no matiza suficientemente el problema jansenista, así como la actuación de la Iglesia en el caso Galileo (pp. 171-172). Motivaciones de otra índole habría que aducir para interpretar sus constantes alusiones a la actuación de los jesuitas (p. 152, 175, 190, 238).

Respecto al tratamiento de la obra de Bartolomé de las Casas, no acaba de entenderse el sentido de la cita, ni el interés, más que para caer en ideas tópicas al respecto (p. 189 y p. 194). Son clarificadoras las aportaciones sobre la inquisición protestante e ilustrada, respecto a la inquisición romana, más equilibrada y justa.

En suma una obra de gran interés para el conocimiento de un siglo de gran importancia en la historia moderna europea, que concluirá en los ciclos revolucionarios del XIX y XX.

J. C. Martín de la Hoz

Neil B. McLYNN, *Ambrose of Milan: Church and Court in a Christian Capital*, University of California Press, Berkeley 1994, XXIV + 406 pp., 16 x 29.

El autor de este espléndido estudio tiene razón cuando escribe que el géne-

ro biográfico está condenado al fracaso con un hombre como el famoso prelado de Milán. De ahí que su libro no sea biografía ni ensayo teológico, sino un intento de colocar a San Ambrosio en la sociedad de su tiempo, la vida y la política en Milán en el siglo IV. Neil McLynn, que estudió literatura clásica en Oxford, demuestra un conocimiento exhaustivo de la época y de su personaje.

Comparado con otras grandes figuras patristicas, Ambrosio se esconde en una personalidad elusiva y opaca. San Agustín reconoció el misterio que rodeaba a su admirado prelado, como lo describió en sus Confesiones. McNeyl, sin embargo, sugiere que no deberíamos quejarnos de no tener la llave a la vida interior de Ambrosio, pues «lo que importa es su actuación en la arena pública, arropado en la dignidad de su oficio sacerdotal». Se le ha llamado el Plinio cristiano: siempre en perfecto control de sí mismo y de su obra; incluso en momentos en los que parecía no estarlo, como en la acción legendaria de su elección episcopal cuando no era más que catecúmeno de la Iglesia a la que sirvió con tanto esmero y diligencia.

McLynn deja que San Ambrosio aparezca junto a los grandes personajes de su tiempo, y bajo esa luz pública el monumento legendario del obispo se enciende con luces y sombras que dan aún mayor realce a su figura. Hay escritores empeñados en ensalzar a una figura olvidando que sin la sombra que arroja la verdad, la leyenda termina por vaciarse de sentido. Los biógrafos de los santos, desgraciadamente, han sucumbido a menudo a esta tentación. En sendos capítulos McNeyl examina con lupa los grandes momentos públicos en la vida de Ambrosio: su elección episcopal en el año 374, sus relaciones con Graciano, la persecución instigada por Jus-

tina y Valeriano, la supuesta amistad personal con Teodosio.

Como corresponde al oficio episcopal, la vida de Ambrosio fue una vida eminentemente pública. Y además de su temperamento, la explicación de su conducta se ve también en su perfecta toma de conciencia de que estaba fraguando la misma imagen de un obispo católico para el resto de la historia. Este prelado tiene estatura monumental, también en el sentido de un monumento en mármol. No nos afecta con la emoción inmediata de un Jerónimo o un Agustín, y como muchos otros personajes de la antigüedad, su personalidad es sobre todo pública. Es una vida perfectamente absorbida en su oficio eclesiástico y gastada en un momento histórico en el que se edificaba la misión pública, social y política de la Iglesia. Como una máscara de la que nunca se desprendiera, la «persona pública» de Ambrosio absorbe cualquier otra dimensión de este hombre y por eso es imposible llegar a su secreto, a no ser que el secreto sea precisamente éste: su rendición absoluta a Dios en el papel que le tocó vivir como cristiano y prelado. Dar ejemplo parece haber sido siempre y sin descanso el lema de su vida. San Ambrosio es una roca de estabilidad en tiempos turbulentos. Fue la persona justa en el momento justo, pues la edad en que le tocó vivir fue la de la entrada del cristianismo en la arena pública no con la desnudez trágica de los mártires sino con los ropajes y cortejos espléndidos de líderes llamados a dar una nueva fisonomía al imperio romano. Y este imperio en el siglo IV era, más que nada, un gran teatro. Del silencio de las catacumbas, la religión de la minoría cristiana surgió indómita para transformar a toda una sociedad. El obispo de Milán entendió su papel y lo actuó a la perfección. «En Ambrosio, concluye McLynn, vieron el genuino

retrato de un obispo de la edad antigua; fue él quien por fin 'creó' el papel episcopal para el escenario del imperio cristiano».

A. de Silva

Antonio MESTRE, *La Ilustración*, ed. Síntesis, Madrid 1993, 203 pp, 15 x 22.

Esta obra del prof. Mestre se encuadra en un conjunto de trabajos históricos dirigidos al gran público, con un carácter plenamente divulgativo. Merced al sintético y cuidado desarrollo de la cuestión y a las lecturas seleccionadas para ambientar cada capítulo, así como la cronología final, hacen que el trabajo sea de gran eficacia pedagógica.

El autor recoge con claridad las conclusiones de la bibliografía más actualizada, y el resultado constituye una puesta al día de la temática de la Ilustración. En ese sentido aparece bien desarrollado el concepto de ilustración católica; quizás hubiera sido oportuno hacer mención a la ilustración en latinoamérica previa a la emancipación, así como a la figura del Prelado Tavira.

La ambientación de las Academias y Sociedades de Estudios y Lecturas que hicieron su aparición en la Europa ilustrada está bien desarrollada, así como los comienzos del deísmo y su desembocadura en la francmasonería. Se hecha en falta un tratamiento más amplio de las Sociedades Económicas de amigos del país, que en España son claves para entender el desarrollo económico y cultural del XIX.

En resumen un trabajo que vale la pena leer y una colección que puede ser de interés por los títulos aportados.

J. C. Martín de la Hoz

Joseph PÉREZ, *Historia de una tragedia. La expulsión de los judíos de España*, ed. Crítica, Barcelona 1993, 174 pp, 13 x 20.

En el comienzo de este trabajo se expresa una de las realidades más desconcertantes que se han venido produciendo en la historiografía: la expulsión de 108 judíos de España es el final de un proceso que se da en Europa: «Al principio del siglo XVI, ya no quedan oficialmente judíos autorizados a vivir en la Europa occidental, con la única excepción de los territorios sometidos a la autoridad del Papa» (p. 8). La pregunta del por qué somos los últimos en tomar esa decisión y la consecuente: por qué esa leyenda negra sobre España y no sobre otros países.

El estudio del Prof. Pérez resulta altamente interesante y clarificador al respecto. Paulatinamente, desgranando siglo a siglo la presencia judía en España, desde la antigüedad hasta el siglo XVI, se va explicando el motivo de la expulsión. La conclusión es que los Reyes Católicos, como habían hecho otros monarcas con anterioridad, no quisieron tener un estado dentro de su estado (pp. 136-137). No es por tanto un problema de intolerancia religiosa sino del origen de la Nación moderna, a la que España llegó con retraso, pero llegó (pp. 111 y p. 130).

En el transcurso de esta obra se van clarificando algunos conceptos: la influencia real de los judíos en España (p. 84), el denominado equilibrio de las tres culturas (judíos, cristianos y musulmanes) en España (p. 35), el problema de la usura (p. 50).

La cuestión medular de esta obra se centra en las relaciones entre judíos conversos al cristianismo y los no convertidos (pp. 66 y ss) y las relaciones entre cristianos viejos y cristianos nue-